

Sobre el Nacimiento de Jesús en Belén

nos informa San Lucas en su Evangelio de Natividad; antiguo, pero, hoy como ayer, de consoladora actualidad siempre. He aquí lo que nos dice el evangelista de tan fausto acontecimiento de la cristiandad.

PROMULGÓSE por aquellos días un edicto del César Augusto, mandando empadronar a todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cirino, gobernador de la Siria, y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba encinta.

Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto. Y parió a su hijo primogénito, y, envolviéndole en pañales, le recostó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón.

Estaban velando en aquellos contornos unos pastores y haciendo centinela de noche sobre su grey, cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo o el Mesías, el Señor nuestro, y sirvaos de seña que encontraréis al niño envuelto entre pañales y recostado en un pesebre. Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo:

GLORIA a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Vamos a Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, a toda prisa, y hallaron a María y a José, y al niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, se certificaron de cuanto se les había dicho de este niño. Y todos los que supieron el suceso se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado; María, empero, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón. En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, según se les había anunciado por el ángel.